

DEBATE: PLAZA DE TOROS EN SAN SEBASTIAN

El asunto está cada vez más candente a medida que se acerca la inauguración del estadio de Anoeta. ¿Sí o no a que San Sebastián vuelva a tener una plaza de toros? Gregorio Ordóñez y José Antonio Ayestarán muestran puntos de vista muy discrepantes

¿Plaza de toros?

LA polémica sobre la futura plaza de toros en Donostia-San Sebastián está servida; hay quien dice que lo importante es que hablen de uno, ¡incluso bien! Por ello aunque las polémicas desalientan y aburren al ciudadano, peor han sido los casi 19 años de sequía que nos separan del derribo del llorado Chofre. No pretendo con estas líneas convencer a quien no quiere dejarse convencer, tan sólo exponer con humildad algunas razones en favor de la plaza de toros.

La ecología y el arte taurino no tienen ningún punto en contradicción. Se puede ser el mayor ecologista del mundo y a la vez aficionado taurino. La ecología es una rama de la biología que pretende el equilibrio ecológico. Si las corridas de toros pusieran en peligro la especie, entonces sí existiría un choque entre el ecologismo y la afición taurina. Es todo lo contrario, gracias a las corridas, la especie llamada toro goza de su mejor momento. Cuando un zorro se come un conejo, un arrantzale pesca un bonito o nos comemos un par de huevos fritos no ponemos en peligro ningún principio ecológico. ¡Hay que ser coherentes! Yo no pienso renunciar a un filete con pimientos, unos lomos de merluza o un bocadillo de tortilla de patatas por mucho que sepa que ello es posible «sacrificando» vidas animales, pero soy profundamente respetuoso con quienes son coherentes y defienden lo contrario (¡les admiro!) aunque son muy pocos. ¿Es tortura pescar un bonito con anzuelo? A pesar de los muchos tirones que hay que dar, no, rotundamente no. A muchos nos gustaría que la sensibilidad que algunos dicen tener con los animales empezaran por tenerla con las personas humanas. No se puede ser anti-taurino, por ejemplo, desde posturas políticas que no condenan el tiro en la nuca.

Nadie puede negar ni lo uno, ni lo otro. En el País Vasco y en nuestra ciudad la afición al mundo de los toros es inmensa, en forma de corridas de toros, encierros de vaquillas, capeas o sokamuturras. Al final, to-



GREGORIO ORDÓÑEZ FENOLLAR*



da fiesta que se precie gira en torno del toro. Las peñas taurinas y el aficionado de a pie guipuzcoano que llenan cosas taurinas hermanos como Azpeitia, Tolosa, Eibar, Bilbao, Pamplona, Vitoria, Logroño, Haro o Bayona, ¿por qué no puede disfrutar de su afición en Donostia-San Sebastián? Trece plazas de toros hemos tenido, y pronto conseguiremos la decimocuarta. Hay que recuperar la tradición de ser la «Puerta del Norte», disputando a las Ventas y la Maes-

tranza el poderío taurino. ¿Referéndum?, pensaba que era para Maastricht y no para la plaza de toros, ¿es que hace falta la mitad más uno para que yo pueda jugar a pala, a fútbol, a baloncesto o a hockey? Con que existan suficientes aficionados que quieran ir a la plaza de toros basta. ¡Ah! el que no quiera ir, no está obligado.

El comerciante no vende lo que le apetece sino lo que el cliente necesita comprar. A San Sebastián le ocurre lo mismo. Para crear trabajo y riqueza, nuestra ciudad está obligada a vender comercio, hostelería, servicios e industria del ocio. A futuro, nuestra ciudad crecerá, tendrá bienestar si somos capaces de crear motores económicos, sectores como la pesca, la agricultura y la industria convencional. Bastante hacen con mantenerse, tenemos que apostar decididamente por un Palacio de Congresos, campos de golf, hípica, puerto deportivo, plaza de toros... ¿Alguien duda que así se llenan restaurantes, hoteles, comercios...? Basta recordar en Donostia lo que era una tarde de corridas y lo que ha supuesto, por ejemplo, en los últimos años para Bilbao. Algunos datos de 1992 sobre el sector taurino en España: 118.626 millones de pesetas facturados, 200.000 puestos de trabajo, 60 millones de asistentes a espectáculos taurinos, 600 corridas, 1.500 novilladas... aumento del 15% sobre 1991. Y dicen que la fiesta está en declive. Bilbao, en 1992, 80 millones de beneficio por su festejo taurino (dato oficial de la Junta).

Que quede muy claro, crear un parking en la vaguada de lumbe (a tres minutos del complejo Anoeta) es una necesidad para el estadio, para todos los espectáculos que se celebren en Anoeta, para que Amara Berri no se vea invadida de coches ajenos... y también para la plaza de toros (con ella o sin ella debe hacerse de igual forma). El estadio necesita en plenitud de rendimiento 4.100 plazas de aparcamiento (informe Tysa, junio 1992), la vaguada de lumbe es el lugar idóneo, a tres minutos y

con accesos sin pasar por la ciudad. No soy partidario de ocupar la subida a los hospitales con aparcamientos (batería + línea) en ambos lados, ni el paseo de Vizcaya, ni la subida a Zorroaga, ni las excursiones mañaneras a Ibernática, ni colgar los coches de los árboles, ni «cerrar» Amara Berri, basta con hacer un buen parking y aprovechar el vial de la Policlínica, mientras se pueda. En el Programa de Gobierno firmado por PSOE-PP-PNV existe el compromiso de aportar terreno municipal en condiciones para construir la plaza de toros (pág. 38. Programa Gobierno del Ayuntamiento de Donostia-San Sebastián). Después viene el reto de los particulares de financiar la construcción. Nunca en nuestra ciudad hubo un planteamiento tan generoso. Hasta ahora todo se ha construido con dinero público (estadio, frontón Carmelo Balda...), no pidamos además que nos paguen el aparcamiento público (160 millones de pesetas en relleno). ¿Que no hay dinero para el aparcamiento? Eso había que haberlo pensado antes de invertir los 8.000 millones de Anoeta, por cierto, el complejo deportivo de Anoeta es digno de elogio y sólo le falta la guinda del aparcamiento.

Estoy plenamente convencido de que la mayoría de los donostiarras asisten a este debate asombrados, con poco apasionamiento: «el que quiera ir, que vaya», «si es bueno para la ciudad y no cuesta dinero, fenomenal», «la Semana Grande con toros era otra cosa», «los restaurantes lo notarán mucho y bien»: Pero hay quien está empeñado en sacar de quicio las cosas y politizarlo todo. A esos no creo haberles convencido mínimamente; al resto, expongo algunas de mis reflexiones. Hay muchos que lo hubieran hecho mejor, y les pido comprensión. A los aficionados les pido que se animen porque la plaza de toros está más cerca que nunca de ser, de nuevo, una realidad en Donostia-San Sebastián.

*Teniente alcalde del Ayuntamiento de San Sebastián

La verja del casino

La nostalgia es un bello sentimiento, muy apto para confortar las tertulias de invierno. Pero muy poco adecuado material para propulsar futuros éxitos. La plaza de toros donostiarras no es sino un retazo de la nostalgia de un San Sebastián que ya no existe. Parece más adecuado que pensemos en «futuros venturosos» para nuestro pueblo y, si me apuran, soñando con un pasado extraído del unamuniano «golfo del recuerdo de lo que nunca fue». Ya que no somos pocos los donostiarras que amamos a San Sebastián porque no nos gusta, si se me permite una mimética utilización de la conocida sentencia que José Antonio utilizara para referirse a España.

Quizás haya sido D. Pío Baroja el más significativo ejemplo de esta casta. Allí donde madrileños y donostiarras, juntos, realizan algo, se levanta una cosa vulgar, escribió. Baroja exageraba pues no es discutible que Donostia reflejó brillos, si no excelsos, si encantadoramente deliciosos en algunos momentos cumbres de su época cenital. Acertaba, no obstante, en lo que se refiere a la plaza de toros y a todo el marketing adosado a tan infeliz aventura. Toros los hubo en San Sebastián desde la Época Moderna; todavía nuestra plaza de la Constitu-



JOSE ANTONIO AYESTARAN LECUONA*

ción muestra las viejas numeraciones del espectáculo en los tiempos felices de Hércules Torrelli y el «adorado Fernando zazpi-garregoa».

Easo-Iruchola es una villa de fundación navarra, repoblada por gacones y, por tanto, inmersa en una cierta cultura taurina. Pero la peculiaridad donostiarras del fenómeno se depuró y sublimó en el «ezen-suzco» (mecánico e incruento) en la civilizada «socamuturra», en el castizo «Iriyarena», en los rigodones del Conde de Torre-muzquiz, en las Coplas de Juana Vixenta Olabe del liberal Bilintx.

Lo del Chofre es otra historia; una aventura empresarial —lucro privado— muy concreta. El historiador local Javier María Sada ha definido muy adecuadamente a la tan traída y llevada Semana Grande como un «pegote». Según Sada, está ligada a la aventura del Chofre y a un San Sebastián,

que ya pasó para siempre, centrado en tres coordenadas esenciales: capital oficial de verano, casino internacional y veraneo de tres meses de la clase alta española.

Pensar hoy en resucitar estas tres señas de identidad de aquel concreto momento histórico y social sería puro dislate. En la «Hoja del Lunes» del 9-VIII-1971 (dos años antes de las últimas corridas) y bajo la rúbrica «Un donostiarras» aparece un artículo que es cifra, compendio y epitafio de lo que ya era puro y momificado pasado: «Hoy la corrida se limita única y exclusivamente al coso taurino. No es cosa de discutir si las corridas son mejores o peores... lo que sí varía y es del todo distinto es el ambiente de la calle de la ciudad... la ida a los toros y el regreso de la fiesta. Hoy esto se reduce a un mero trámite de traslación; antes era todo un espectáculo público. Sí, la corrida era la corrida, entonces como ahora, pero el ambiente de la ciudad era otra cosa que probablemente no veremos ya nunca más».

No hace falta ser un experto sociólogo ni antropólogo cultural para constatar que aquella sociedad que, tan magistralmente, dibujó Baroja en su «Caverna del humorismo» (La balada de los buenos burgueses) forma parte de un capítulo cerrado de la historia. ¿A qué viene, por tanto, resucitar

un retazo, muy poco feliz, ahistórico, en franca oposición a la modernidad, a la estética y ética mayoritaria del momento, creación de una de las dos Españas machadianas (la que no nos gusta), en abierta oposición a la civilización de la actual Europa?

Vuelvo a mi primera reflexión y quiero soñar, y luchar por conseguir cuajar mi sueño, el de un San Sebastián extraído del golfo del recuerdo de aquel San Sebastián que nunca fue: Donostia, capital del barrojano País del Bidasoa, más semejante, como don Pío quería, a la Florencia de los Medicis que a las cutres Maestranzas arrabaleras de lo más pringoso; descrebrado y átono que nuestra vieja España ha parido a lo largo de su atormentada historia.

¿Qué especificidad, qué aura propia e intransferible, qué aporte cultural de lo propio a lo universal puede suponer edificar en Donostia una plaza de toros en los albores del siglo XXI? Cuando los aires multicolores, abiertos, rientes, fronterizos, vascos y gacones, de las melodías de Sarriegui (nuestra última y más conocida originalidad, siempre plural) suenan en nuestros oídos, la respuesta no puede ser más claramente negativa.

*De la Coordinadora Antitaurina